

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 86 21/1/2022

LA FUNDACIÓN DE LIMA, LA CIUDAD DE LOS REYES



LA LIMA DEL SIGLO XVI

RAÚL PORRAS BARRENECHEA*

El 18 de enero de 1535, el conquistador Francisco Pizarro fundó Lima con el nombre de Ciudad de los Reyes en los dominios del cacique Taulichusco. La que pronto sería la urbe más opulenta e importante de América del Sur hasta inicios del siglo XIX, sede de la primera universidad y la primera imprenta del subcontinente, surgió en un pródigo entorno natural, formado por tres valles contiguos, en uno de los cuales se ubicaba entonces el principal santuario prehispánico de la costa peruana, Pachacamac, y había, desparramadas entre los campos de cultivo, centenares de huacas. Lima es hoy, con cerca de diez millones de habitantes, una ciudad bullente y compleja, donde se hallan reunidas todas las expresiones culturales del Perú y se avizoran con especial empuje los desafíos de la modernidad. Las líneas que siguen sobre la ciudad del siglo XVI, fueron escritas y publicadas en 1935 por el notable historiador sanmarquino, como parte de un ensayo inserto en su *Antología de Lima. El río, el puente y la alameda*.

Sobre la banda izquierda del Rímac asentó Pizarro la ciudad, dándole, según refieren los cronistas y aparece en los antiguos planos, una forma triangular, cuya base se recuesta en el río, dejando entre este y los primeros edificios un espacio de cien pasos, que fue reservado para ejido. Pizarro mismo, acompañado por los primeros cabildantes, trazó con la espada hazañosa de la Isla del Gallo su cuadrilátero histórico y, presintiendo en toda su genialidad vidente de fundador el torrente de vida y de pasiones que habría de albergar esa concavidad, batiéndose y estrellándose entre sus lados, como mar prisionero, instaló en tres de los frentes de la plaza, como infranqueables muros de su época, el palacio del gobernador, la catedral y el cabildo. Dios, el rey y el pueblo, los tres grandes protagonistas en el drama español del siglo XVI, fueron así los testigos citados por Pizarro para presidir el destino de la ciudad y para asistir a la aventura de su historia como eternas e impasibles cariatides.

El área de la ciudad fue seccionada, como un tablero de ajedrez, en 117 islas o cuadras. Cada manzana, de 15.687 metros, fue dividida en cuatro solares. Las calles, anchas y derechas, y orientadas de sudeste a noroeste, consultaban el que a toda hora hubiese una acera de sombra, al mismo tiempo que los vientos alisios, que soplan constantemente del lado sur, incidiesen de un modo oblicuo, para procurar una moderada circulación del aire. Esta sabia disposición de las calles que el marqués adoptó, con los consejos de los «artífices y personajes de mejor discurso», permitía ver el campo desde la Plaza Mayor, y, en lontananza, el mar.

La historia ha transmitido los nombres de los que acompañaron a Pizarro en la fundación, los que, contándole a él, fueron trece, como los que le siguieron en la Isla del Gallo. Era ese, por lo visto, el número de su fortuna y de su gloria. Los nombres de los penates limeños fueron: Nicolás de Ribera *el Viejo* y Juan Tello, los dos primeros alcaldes; Alonso Riquelme, tesorero; García de Salcedo, veedor; Nicolás de Ribera *el Joven*, Rodrigo de Mazuelos, Ruiz Díaz, Alonso Martín de Benito, Cristóbal Palomino, Diego de Agüero, secretario del Gobernador, y Alonso Tinoco, que fue el primer cura que hubo en Lima.



Francisco González Gamarra.
Fundación de Lima. Óleo, 1944

Se agregaron a los fundadores treinta españoles que vinieron de San Gayán y veinticinco indios de Jauja. A estos primeros vecinos se les repartió solares, por los que tenía que pagar, a falta de monedas, un censo de gallinas, deposición que se modificó cinco años después.

Trazada así y repartida el área, la villa naciente fue creciendo y poblándose con urgencias de vida y de grandeza. Largo sería detallar el lento surgimiento de la ciudad, a la que sus primeros pobladores infundieron la recia alma castellana del siglo XVI. Recogida, silente, menesterosa y austera, fue la Lima de los días pre virreinales. A falta de las riquezas, que la cornucopia de la fortuna no derramaba aún sobre su propio suelo, sino que la depositaba en la comba potente de los galeones, le sobraron desde su cuna honores y blasones. Para su escudo nobiliario le otorgó la magnanimidad de Carlos V, en 1537, coronas que eran el símbolo de la realeza, columnas que representaban su inquebrantable lealtad y una estrella para presidir su destino fulgurante. Se le motejó también heráldicamente como la «muy noble, muy insigne y muy leal Ciudad de los Reyes del Perú».

Durante su primera centuria, la ancha y silente ciudad fue creciendo alrededor de la Plaza Mayor. Sin fausto y sin vanidad, fueron levantándose las humildes fachadas de las casas. Los edificios, de un solo piso, eran de ruina fábrica, según lo relata el padre Cobo, «cubierto de esteras, tejidas de carrizos, y madera tosca de mangles, y con poca majestad y primor en las portadas y patios, aunque muy grandes y capaces». En lo único que la ciudad ponía singular empeño era en la fábrica de los templos. La piedad hacía surgir sin descanso nuevas iglesias y alzarse cada año alguna torre, desde la cual llamar, con el tañido de una campana más, a la oración incesante. El mismo Pizarro había dado comienzo a la fundación, poniendo «por su mano la primera piedra y los primeros maderos» de la iglesia que habría de ser poco después la catedral de Lima, y que fue colocada bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción. Hernando Pizarro hizo construir a poco el convento y la iglesia de la Merced. Surgieron en seguida San Francisco en 1535, la capilla de la Veracruz, dotada por el mismo Pizarro, en 1540, el Sagrario



Joseph Mulder. Lima. Ciudad de los Reyes. Corte y Emporio del Imperio Peruano. Grabado, Amberes, 1688

en 1541, Santo Domingo en 1549, Santa Ana en 1550, la admirable iglesia de San Agustín en 1551, la Encarnación en 1558, la Caridad en 1559, San Sebastián en 1561, San Lázaro en 1563, la Concepción en 1567, la Trinidad en 1580, la iglesia de Santa Clara, a la que Santo Toribio hizo el regalo de su corazón, en 1596; San Carlos en 1597, San Pedro y San Pablo en 1598, Las Descalzas en 1603 y la Recoleta Dominica en 1606.



Calle de Lima. Grabado, s. XIX

El convento de San Francisco, dirá más tarde un hiperbólico viajero francés, ocupaba la octava parte de la ciudad. El área de los templos era superior a la de todos los edificios públicos reunidos, a pesar de que en 1562 la población había comenzado a extenderse a la otra orilla del río, en el barrio de San Lázaro, y de que en 1571 se había fundado para residencia de los indígenas el Cercado, rodeado de un alto muro.

La ciudad carecía entre tanto de palacios y de paseos. La residencia virreinal tenía por frontispicio los inmundos tenduchos llamados «cajones de ribera», y la Plaza Mayor, la única de la ciudad, servía al mismo tiempo de mercado o «tiánguez», como se decía en la época, «de atrio de mercachifles, escribanos y sacristanes» (eran en la plaza el comercio, la corte y la iglesia), de redondeo de toros en las grandes solemnidades, de paseo de la

aristocracia en las noches y de ágora criolla de la maledicencia y la chismografía. Pero la ciudad sufría gustosa de tales deficiencias con tal de ornar la piedra hasta el cansancio en las portadas de las iglesias y de multiplicar sobre la chata superficie de sus edificios la esbelta silueta de las torres sonoras.

En otro capricho, se complacía también la holgura de la ciudad, según nos lo cuentan fray Reginaldo de Lizárraga y el Padre Cobo, y era en las extensas y perfumadas huertas que rodeaban los edificios, y cuyos ramajes, cargados de frutos, asomaban su verdor y su fragancia por sobre los altos muros de adobes. El minucioso Cobo nos dice, en efecto, que todas las casas «son capaces y anchurosas, con grandes patios, corrales, huertas y jardines». Y fray Reginaldo, enguinaldando la frase, refiere que «desde afuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas con naranjos, parras, granadas y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan».

Lima del siglo XVI fue todo en sus iglesias y en sus huertas. Construida de materiales toscos, desprovista de comodidades, descuidada y antihigiénica, sin agua potable, sin policía y sin alumbrado, careció la ciudad de prestigio civil y de la gloria, aún desconocida, del confort, pero pudo envanecerse, en cambio, de serenar el alma con el tañido de sus bronces dolientes y de embriagarla con la furtiva esencia de sus madre selvas y jazmines. Un doble significado musical y floral encierra lo que dijo José Gálvez: «Lima, ciudad de campanas y de campanillas».

*Historiador y diplomático nacido en Pisco, en 1897, y fallecido en Lima, en 1960. Fue un célebre catedrático y autor de obras fundamentales en la bibliografía nacional como *Los cronistas del Perú*. Este texto forma parte de su ensayo «Perspectiva y panorama de Lima», que encabeza la *Pequeña antología de Lima. El río, el puente y la alameda*, Madrid, Imprenta de Galo Sáez, 1935, reeditada por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1965.

En la portada: Anónimo. Plaza Mayor de Lima. Óleo, 1680. Museo de América, Madrid.

<https://cutt.ly/wIEuIHf>



A. Escalante. Nirvia Zapata

EL RETRATO FOTOGRÁFICO

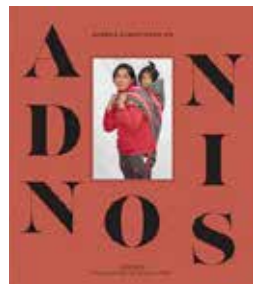
Multiplicados por el uso incesante de los teléfonos celulares o móviles, que llevan incorporada una cámara, los retratos y autorretratos o *selfies* fotográficos viven un auge inusitado. Su masificación -de uso especialmente documental y práctico-, circulación inmediata y calidad dispareja, suelen acarrear con frecuencia su propia banalidad y permite canalizar, además, agudas expresiones de individualismo al paso. El fenómeno, que podrá calificarse también de democratización de la imagen y del oficio de fotógrafo, no impide, sin embargo, que la fotografía y el retrato fotográfico a cargo de profesionales sigan su curso y ofrezcan novedosas expresiones, a veces con sorprendentes rescates técnicos.

Tal el caso, en el Perú, de la reciente serie de retratos en las clásicas placas de vidrio, realizada por el fotógrafo Antonio Escalante, que emula las obras de consumados artistas como Martín Chambi o los hermanos Carlos y Miguel Vargas, y alcanza con su lograda ejecución el aliento de lo perdurable. Escalante estudió comunicaciones en la Universidad de Lima e hizo después un máster en fotografía documental en la Universidad de las Artes, en Londres, y viene ahora -con veinte años de reconocida trayectoria en su haber- llevando a cabo un ambicioso registro con este antiguo procedimiento, que, por momentos, recuerda también el trabajo de otros destacados fotógrafos nacionales de las últimas décadas.

A este esfuerzo se suma, con un procedimiento menos complejo, pero de indudable eficacia, el trabajo del fotógrafo Gabriel Barreto Bentín, reunido en el libro *Andinos. Encuentros en Cusco, Perú*, que acaba de publicar el prestigioso sello Rizzoli. Barreto, con estudios en la Escuela de Artes Visuales de Nueva York, pasó cuatro meses en comunidades aledañas a la antigua capital inca, en compañía del antropólogo Francesco D'Angelo. En ese lapso, Barreto fue retratando, bajo el influjo de Richard Avedon, a diversos pobladores sobre un telón blanco, portátil, que le permitía realzar su figura. Una mirada refrescante y novedosa de un pueblo antiguo, que va también insertándose en el vértigo del presente.

antonioescalante.com

<https://www.rizzoliusa.com/book/9780847871506/>



AGENDA



PREMIOS LUCES

Además de los conocidos balances que, desde fines de diciembre, suelen llevarse a cabo en los principales medios de prensa en torno a lo que críticos y comentaristas consideran más significativo entre las publicaciones, exposiciones, películas y eventos culturales nacionales, correspondientes al año que fenece, el diario *El Comercio* de Lima lleva a cabo una singular votación de carácter público con el mismo propósito. Se trata de los *Premios Luces*, cuya primera edición se hizo en 2003. El diario hace una selección de los que considera más relevante del año, en ocho campos de las artes y el entretenimiento, con sus respectivas categorías o áreas (televisión, cine, artes escénicas, gastronomía, música, artes visuales, letras, podcast/programa digital), y los somete al escrutinio público para, finalmente, conceder los galardones. Muchos consideran la sola nominación entre la lista de premiados como un reconocimiento, aunque sean los votos del público los decisivos. La votación se cierra, en este caso, el próximo 13 de febrero. *El Comercio* es, por cierto, el decano de la prensa peruana por su continuidad, dado que empezó a publicarse en 1839, aunque por antigüedad el título le corresponde al diario oficial *El Peruano*, editado con interrupciones a partir de 1825.

<http://premiosluces.elcomercio.pe/votacion?ref=ecr>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO

Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe